

Pequeños gestos, grandes huellas

Ana Cinthya Rodríguez Delgado*

No siempre supe que quería ser docente, pero sí recuerdo con claridad lo que sentía cuando lograba explicar algo y alguien más lo entendía.

Desde muy joven sentía una sensación de satisfacción difícil de describir cuando un tema que para otros resultaba complicado, para mí se volvía claro... y podía compartirlo. Ahí, sin darme cuenta del todo, algo comenzaba a tomar forma.

Sí, claro que hubo dudas al inicio. Pensé en otros caminos, como la psicología o incluso la enfermería, pero siempre regresaba al mismo punto: a la admiración por aquellos docentes que habían dejado huella en mí. No sólo enseñaban contenidos, enseñaban cercanía, con humanidad. Yo quería ser como ellos.

Sin embargo, desear ser docente y vivir la docencia son experiencias muy distintas.

Mis primeras veces frente a grupo como practicante estuvieron llenas de miedos e inseguridades. Me costaba mantener la atención, mi voz no transmitía firmeza y, muchas veces, terminaba una clase sintiendo que nada había salido como lo esperaba. Había momentos en los que el aula y los niños se sentían más grandes que yo.

Recibí entonces consejos que marcaron un antes y un después. Me dijeron que nadie estaba ahí para juzgarme, que el aula también podía ser un espacio donde yo construyera mi propia forma de enseñar, que podía permitirme ser auténtica y, sobre todo, que debía convertirme en la docente que mis alumnos necesitaban.

Poco a poco, algo cambió. Mi voz se volvió más segura, mi presencia más firme y mi forma de enseñar más cercana. Dejé de intentar encajar en una idea rígida de lo que debía ser una maestra y comencé a disfrutar lo que sucedía dentro del aula.

Pero ese proceso no estuvo exento de tropiezos. Hubo clases que no funcionaron, estrategias que no dieron resultado y días en los que la frustración me rebasó. Recuerdo haber terminado algunas jornadas con lágrimas, en las que incluso me cuestionaba si realmente

ese era mi lugar. Dudaba de mí, de mis capacidades, de mi decisión y vocación.

Hasta que entendí algo fundamental: si me importaba tanto como para sentirlo de esa manera, entonces estaba en el camino correcto. Cuestionar, incomodarse, buscar mejorar... también es parte de ser docente.

Y entonces llegó uno de esos momentos que dan sentido a todo. Un alumno no lograba seguir el ritmo de la clase de inglés. Poco a poco fue quedándose al margen. No era evidente para todos, pero ahí estaba: la exclusión silenciosa. Me acerqué, me senté a su lado y comenzamos desde lo más sencillo. No hice nada extraordinario, sólo estuve ahí, acompañando su proceso. Cuando terminó, revisaron su trabajo. Él se acercó, me miró con una sonrisa que no olvidaré y me dijo: “muchas gracias por ayudarme, maestra, eres muy buena persona”. Después me abrazó. En ese instante comprendí algo que ninguna teoría puede explicar por completo. Entendí que muchos niños no sólo llegan al aula para aprender, sino también buscando ser vistos, escuchados y valorados. Que, en ocasiones, la escuela se convierte en el único espacio donde encuentran atención genuina, donde alguien se detiene a acompañarlos. Ese día confirmé que la docencia va mucho más allá de enseñar sólo contenidos curriculares.

Con el tiempo, esa idea se ha hecho más fuerte. Aprendo de mis alumnos todos los días. Son niños que, a pesar de las dificultades que enfrentan fuera de la escuela, llegan con la capacidad de sonreír, de confiar, de crear vínculos. Transforman el aula en un espacio seguro, en un lugar donde pueden ser ellos mismos.

Me han enseñado a mirar lo esencial, a valorar los pequeños logros, a entender que no somos figuras distantes ni perfectas. No somos “robots”. Somos personas que sienten, que acompañan, que también aprenden.

En esa convivencia diaria se construyen mucho más que aprendizajes académicos: se construyen relaciones, confianza y sentido.

Aunque no todo es color de rosa. También he enfrentado retos fuera del aula. Recuerdo que, en mi primer grupo, me generaba enojo la forma en que algunos padres de familia se relacionaban con sus hijos. Me frustraba pensar en todo lo que no podía cambiar.

Pero con el tiempo comprendí algo que transformó mi perspectiva: no está en mis manos resolver todo lo que ocurre fuera, pero sí puedo hacer una diferencia en el tiempo que comparto con ellos dentro del aula.

Y ese tiempo importa. Importa escuchar, acompañar, enseñar con empatía. Importa ofrecer un espacio donde, aunque sea por unas horas, los niños puedan sentirse seguros, valorados y capaces.

Hoy entiendo que ser docente no es una labor monótona. Cada día es distinto, impredecible. Siempre hay un reto nuevo, una historia distinta, una oportunidad de aprender y de enseñar.

Pero, sobre todo, es una profesión profundamente humana.

Ser docente me ha enseñado a ser mejor persona, por muy cliché que esto suene. Me ha obligado a mirar con empatía, a reconocer la vulnerabilidad en los otros y en mí misma, a no olvidar que cada estudiante es más que un resultado o un contenido aprendido.

Si tuviera que elegir de nuevo, elegiría este camino sin dudarlo.

Porque, aunque el mundo no siempre sea como sea como quisiéramos, dentro del aula existe la posibilidad de transformarlo, aunque sea poco a poco. De sembrar respeto, comprensión, humanidad.

Y, a veces, ese cambio comienza con algo tan “simple” como detenerse, acompañar... y no dejar a nadie atrás.

Por eso me hice docente. Y por eso, todos los días, elijo seguir siéndolo.

*Licenciada en Educación Primaria. Docente de educación primaria en el Instituto Ignacio Montes de Oca de Guanajuato, Gto.
ac_rodriguez@bcenog.edu.mx

